

piedras, campanilas viejas, papeles y trozos de metal se encontraron.

Allá en el *cuartelito*, otra fagina removía también los escombros, hallando cadáveres de hombres, mujeres y niños, carabinas, fusiles, bayonetas, pistolas y un prodigioso número de cartuchos quemados. Se encontró también un kópis de teniente coronel. Sin duda el del teniente coronel Rangel.

Se pudo reconocer sobre las paredes de las destechadas casas, las huellas del plomo de los proyectiles, y los muchos boquetes abiertos por el cañoncito, pudiendo comprender perfectamente la inutilidad de sus descargas sobre aquellos durísimos adobes.

Dado el total de granadas y botes de metralla lanzados, sólo un pequeñísimo número habían hecho efecto sobre el pueblo.

¡Ah! lo más terrible, lo que causaba dolorosísima impresión en el ánimo, eran los destrozos y estragos del incendio que sólo dos casas había respetado.

La lenta combustión de los cadáveres continuaba en todos sus detalles siniestros. El viento llevaba las cenizas y avivaba las llamas de las fúnebres hogueras, en torno de las que vagaban, gruñendo sordamente, cerdos voraces que se cebaban en los trozos de carne aún intactos por el fuego.

Tanta repugnancia causaba aquel espectáculo, que las *viejas* ya no guisaban con manteca de puerco, ni comían su carne, porque era carne nurida con carne humana.

En cambio, flacos, mohinos y azorados, vagaban los perros, de casa en casa, aullando dolorosamente, y huyendo despavoridos, en cuanto veían acercárseles los soldados, que muy afectos á estos animales les arrojaban carne, la cual desdeñaban, no obstante el hambre que los devoraba.

La casa que ocupaba la fuerza del 9.º batallón, era la de Reyes Dominguez, fuera del núcleo del caserío.

Se la había respetado, porque este fué uno de los pocos que no siguieron la causa de Cruz Chavez, de quien era cuñado, pues estaba casado con una hermana de aquél.

Reyes hacía mucho tiempo que se encontraba en Guerrero con su familia y un viejo francés que había sido maestro de escuela en Tomochic.

En cuanto supo el desastre, muy favorable para él, se trasladó en día y medio á su casa, donde por supuesto se encontró sin su ganado y sin los granos que tenía almacenados.

En el fondo del patio, donde estaba su habitación, se instalaron los oficiales, tendiendo en los ladrillos cuecos de res, zaleas y cobertores; y como en la tarde habían llegado otros compañeros de los demás cuerpos, un capitán de *nacionales* entre trago y trago de enorme botella de *sotol*, puso el monte para que se divirtieran los muchachos, como él dijo.

Formóse una gran rueda en el suelo; sobre un cobertor morado, arrodillados unos, á la turca otros, y

muchos recostados, los oficiales ante las cartas de los albures, se acalararon, dejando y recogiendo billetes, según la suerte se les presentaba, entre los gritos de las disensiones y disputas, allá en el fondo del cuarto invadido por azul y espesa nube de humo de cigarros puros.

—¡As de copas, á la puerta viejo,—dijo el capitán.

—¡Caramba, qué suerte tiene el poetaastro!—gritó un teniente.

—¡Aquí me falta un peso que iba á la *vieja*, mi capitán,—y Castorena extendió imperiosamente la mano.

El capitán, un charrote de cara de bronce, le arrojó un billete.

—Pongan claro su dinero, señores, el dincro habla—y el juego siguió...

Miguel en pie, había jugado algunos billetes que había perdido, así es que se retiró, yendo á pasear fuera de la casa, esperando que fueran las seis de la tarde para entrar de guardia.

En el patio la tropa estaba muy contenta y descansaba, charlando y comentando los últimos acontecimientos, al lado de sus mujeres.

A las cinco de la tarde volvió el campamento á conmoverse con el espectáculo de la procesión de las mujeres y niños que fueron trasladados á la casa de Reyes Dominguez. En la puerta del cuarto que ocuparon se apostó nuevamente un centinela.

Después de pasar revista á los doce hombres que

debían entrar de guardia. Mercado relevó el servicio á las seis de la tarde.

A las cinco había llegado un correo de Guerrero, el



que traía entre otras cosas, correspondencia particular para algunos oficiales del 9.º batallón.

Eran las siete de la noche, cuando un capitán entregó una carta al subteniente de guardia.

Al ver el sobre quedó consternado. Era letra de su madre.

Lo rompió temblando, y acercándose á un farol, puesto sobre una gran piedra, cerca de la puerta, á su luz semirojiza y escasa, leyó, inclinándose un poco:

«Octubre 19 de 1892.

«¡Ojalá que el cambio de guarnición te alegre un poco y sanes de tus enfermedades! Dicen que Chihuahua tiene un temperamento muy sano... ¿Te has aliado?...

»Pensaba no escribirte para no amargar más tu vida, pero es preciso que te comuniqué que soy muy desgraciada y que no me pertenezco; que Leandro, arrepentido, ha vuelto y me lleva lejos de Méjico, al extranjero, ¡quién sabe adónde! Sé bueno y perdona á tu madre que te quiere con toda su alma... Ya te escribiré.

»Piensa en Dios, único consuelo de los que sufren... ora y ten fe.

«Tu madre

ANGELA.»

El infeliz Miguel, preso de horrible vértigo, experimentó un ansia infinita, se le oprimió el pecho, se le nublaron los ojos y sollozó.

Sollozó en un rincón del portal, tras del centinela de la puerta, anonadado por aquel golpe terrible. ¡Ya no había nada en el mundo! Todo era falso en la vi-

da... la realidad era horrible... su misma madre le abandonaba voluntariamente... ¡dejándole solo...!

¡Sólo... ¡Qué siniestra palabra! Ella resumía todo el infortunio de su vida desventurada, encerraba la amargura, el desencanto, el tedio infinito á que se vería perpetuamente condenado!

Mucho tiempo permaneció así, abismado, sin comprender nada de lo que pasaba á su alrededor. Después, fué preciso sobreponerse, y tuvo al fin conciencia de su situación.

Salió al campo para refrescarse, paseándose ante el cuerpo de guardia, carabina en mano, como se prevenía para el servicio.

Un grupo de oficiales charlaban afuera con el propietario de la casa, Reyes Dominguez.

Se discutía el origen de la sublevación de Tomochic, comentábase aquella violación de una muchacha por una autoridad de Guerrero; los impuestos excesivos; el cuadro mural de la iglesia que intentaba llevarse el gobernador Carrillo; los atropellos de la soldadesca del primer destacamento y la ambición de algunos que atizaron los rencores del pueblo que empezaba á ser fanatizado por Cruz Chavez.

Después, Reyes contó al corrillo de oficiales que le rodeaba, las costumbres de los tomochitecos, costumbres verdaderamente patriarcales.

Eran excelentes labradores, comían sobriamente, casi no bebían alcohol, vestían muy bien, teniendo abrigos de telas americanas, para el frío. Como todos

eran cazadores y algunos habían hecho la guerra á los salvajes, á nadie le faltaba su carabina y su par de cananas.

Se dejaban crecer el pelo y la barba, tenían ojos negros muy hermosos, y casi todos eran altos y robustos.

Entonces la conversación recayó naturalmente, sobre la manera cómo murieron los últimos que sacaron moribundos del *cuartelito* incendiado.

Les trasladaron del portal en que estaban en fila, al llano, diciéndoles que rezaran porque les iban á fusilar; Cruz rogó que le colocaran junto á su hermano. Así lo hicieron.

Uno, que apenas podía hablar, murmuró:

—Cruz, Cruz... polvitos...

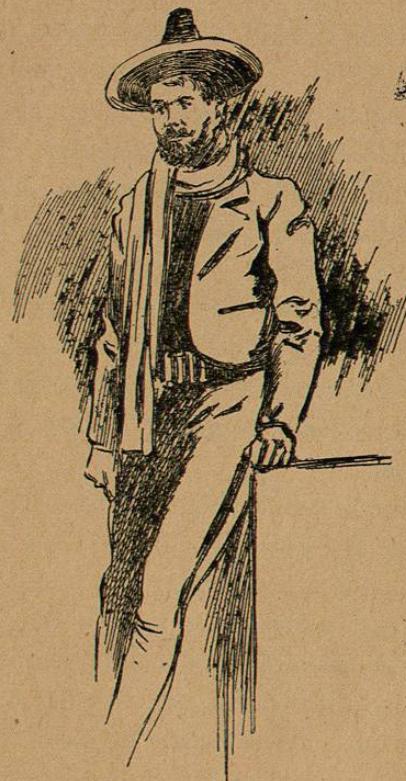
—Déle á Nicolás, —dijo Cruz á un soldado del 12.º— Este le llevó un escapulario que contenía unos polvos de la Santa Cabora, polvos con los cuales se podía resucitar.

Cerca de los moribundos estaban un capitán y un oficial del 5.º regimiento, con un pelotón de soldados con las armas cargadas.

—¡Hínquense!—le dijeron al que estaba en un extremo, mientras un soldado acercándose alzó su carabina muy tembloroso.

—¡No puedo!...—Iba á incorporarse; pero el soldado, á boca de jarro, le disparó haciéndole pedazos el cráneo, chamuscándole los cabellos. El cuerpo rebotó quedando boca abajo.

En ese momento otro soldado hizo fuego sobre Cruz, el que si se pudo arrodillar, cayó de espaldas con el pecho atravesado, quedando con la boca abierta y los ojos viendo al cielo.



Pedro Tomochic

Al último que fusilaron le dieron dos balazos, porque al soldado le temblaba tanto la mano, que á un paso, apuntándole al pecho, le hirió en el estómago; el *tomoche*, recostado, dió un salto y gritó;

—¡Viva el Poder de Dios!

El soldado, después, le volvió á disparar metiéndole la bala en la cuenca del ojo... ¡Fué la última víctima!...

Así refirió un teniente la muerte de los últimos *tomoches!*

Miguel, estremecido, se apartó del círculo de oficiales, y paseándose, meditó silenciosamente en el enorme desastre de aquella tragedia colosal, desarrollada en un hueco de la Sierra Madre en medio de una República..... en plena paz.

¿Quién podría nunca sospechar en lo de adelante, lo inmensamente trágico del nombre de TOMOCHIC, oscuro caserío perdido en las soledades de Chihuahua y casi desconocido hasta entonces?... Nadie, si alguien no lo escribía.

Las cifras que los oficiales de Estado Mayor apuntaban eran de una dolorosa elocuencia, y no obstante, era fácil dudar de su exactitud.

Aplicando el tanto por ciento de muertos y heridos en aquella pequeña pero terrible y sangrientísima campaña, á cualquiera otra mayor en escala, hubiera resultado algo que hubiese helado de pavor. De más de mil hombres no restaban ni cuatrocientos. De más de cien tomochitecos hábiles para tomar las armas, no quedaba ni uno!... ¡Todos habían muerto heroicamente!

Sobrevivían sólo del desventurado pueblo, ciento catorce mujeres y niños. Infinidad de cadáveres de es-

tos se habían hallado en los escombros humeantes de la iglesia y de algunas casas.

Miguel, aterrado ante estas consideraciones continuaba paseando á la luz de la luna que resplandecía en la mitad de un cielo azul obscuro.

Sus compañeros se habían retirado á causa del frío ya intolerable y él quedó sólo ante la puerta cerrada, tras de la que estaba el cuerpo de guardia.

El oficial tenía á su frente el valle inmenso y solitario, como una ciudad mortuoria en la que brillaban tristes las hogueras en que ardían los cadáveres.

En las habitaciones ocupadas por las desgraciadas familias, se oía, como siempre, el vago rumor de los sollozos de los niños, y las voces débiles de los viejos que rezaban por las almas de los muertos...



XXIX

AL fin cansado y muerto de frío, el subteniente penetró en el portal del cuerpo de guardia, mandando al cabo de cuarto que atrancase sólidamente la puerta.

Se sentó, envuelto en su capote, calándose la capucha, en un apollado taburete, cerca de un buen fuego que levantaba sus llamas, esparciendo en torno un agradable calor que confortaba los ateridos miembros del sargento de guardia y del cabo, que dormían envueltos en sus zarapes, sentados en el suelo, con las piernas cruzadas.

En el patio, al aire libre, dormía la tropa con sus mujeres, al lado de sus maletas y los pabellones de armas correctamente alineados. Allá en los rincones, una que otra fogata moribunda, alzaba melancólicamente sus últimas llamas, del montón de carbones y cenizas, avivadas por las ráfagas que soplaban del Norte, llevando las emanaciones pestilentes de los cadáveres, y el olor particular de las casas incendiadas.

Así, dormitando ligeramente ante el fuego que chisporroteaba, pasó largo tiempo, hasta que la luna hubo traspuesto los montes... Gran silencio había.

De repente una voz del fondo del patio gritó:

—¡Cabo de cuarto!

—¿Qué ocurre?...—contestó éste incorporándose y refunfuñando.

Era el centinela apostado en la puerta del departamento de las mujeres.

Cambiaron algunas palabras en voz baja y regresó el cabo diciendo á Miguel:

—Mi subteniente, una de las prisioneras, que está muy mala, quiere agua porque se les acabó; dicen que se está muriendo.

—A ver, vaya usted á conseguirla con alguna *vieja* y llévela inmediatamente. Sargento, le encargo mucho cuidado, voy á ver qué sucede.

El oficial atravesó el patio, tropezando con los soldados tendidos en el suelo hasta llegar al aposento de las infelices.

Allí contempló un espectáculo de horrible miseria.

Una linterna de vidrios opacos y sucios, al nivel del suelo, alumbraba con escaso y amarillo fulgor una estancia de unos treinta metros cuadrados, cuyas paredes muy bajas, se adivinaban en la penumbra lejana.

Aquella linterna teñía de amarillentos fulgores á infinidad de figuras yacentes que proyectaban sombras colosales y fantásticas, allá en el fondo negro y opaco del cuarto impregnado de un hedor insoportable,

Montones de harapos significaban mujeres dormidas, en tanto que otras, sentadas en angustiada inmovilidad, parecían ánimas sufriendo resignadas los martirios del purgatorio.

La voz de un niño que se quejaba dolorosamente, surgía de un rincón, en tanto que un ronquido estertoroso, hacía volver la vista al centro del cuarto, donde el anciano jorobado, de rodillas ante un arcón olvidado, con los brazos cruzados sobre la tapa, y la frente sobre ellos, se había quedado dormido, probablemente en medio de su oración.

Una mujer, en pie en otro rincón, hablaba, dirigiéndose á otra que tendida en el suelo moviase con desesperación.

Miguel creyó reconocer aquella voz. Se aproximó avanzando de puntillas; y muy quedo dijo:

—Ya van á traer el agua, ¿quién se está muriendo?

—Sí... Sí... agua, tantita agua, señor, señor,—contestó allá en el fondo de la pieza, una voz débil y dulce, con un tono suplicante.

El joven, conmovido, se detuvo, abriendo los ojos en la penumbra. Experimentó tal sacudimiento nervioso que los cabellos se le erizaron, conteniéndosele la respiración... y este pensamiento llenó sólo su cerebro: ¡Julia!

Sí, era Julia, no le cabía la menor duda; y con el pecho oprimido, se acercó hasta llegar donde la mujer en pie, le contemplaba sin contestar una palabra. Era Mariana.

—Julia ¿es usted?—murmuró, tratando de ver el rostro de la desventurada que se quejaba muy debilmente y que súbito se incorporó, apartando con un movimiento nervioso la manta miserable que la envolvía...

Entonces vió un rostro huesoso y lívido que le miró tenazmente con sus ojos negros, orlados de grandes círculos oscuros.

Había dejado descubierto su seno flaco y pobre, que no bastaba á ocultar una camisa sucia y ensangrentada.

—Pero no,—dijo el oficial, esta no es Julia,—pero ella murmuró:

—Señor, me muero, tengo sed, tantita agua.

En aquel momento entró el cabo con un jarro de agua, que Miguel le arrebató bruscamente; y arrodillándose en el suelo, al lado de la enferma, con el acento meloso con que se habla á un niño enfermito que se resiste á tomar un brebaje amargo, le dijo:

—Muy poquita, Julia... mucha le hace daño... Así que la pobre volvió á recostarse trabajosamente, boca arriba, con los ojos abiertos, jadeante y escupiendo una saliva negra, Miguel preguntó á Mariana que estaba de pie soñolienta y atontada:

—¿Pero qué le ha pasado? ¿Qué tiene? ¿Está herida?...

—Sí, le dieron un balazo en el pecho,—masculló la vieja.

—Cállese, Mariana, no se lo diga, no, no quiero,—

Eran las tres de la mañana; constelaciones en el cielo irradiaban, cintilando; la masa enorme y ondulante de los montes se esfumaba con indefinidos contornos, y allá en las tinieblas surgían esparcidos en el valle, puntos luminosos y amarillentos.

Los cadáveres ardían silenciosamente, y las ráfagas heladas de la sierra barrían sus cenizas, llevando nauseabundos olores... Profundo silencio reinaba en la inmensa soledad del campo frío y oscuro.

—¡Ah! Señor... ah! Dios mío... ¡sólo!... ¡sólo!— murmuró, cuando el viento glacial de la madrugada batió su frente descubierta, con el kúpis alzado á media cabeza. Y entonces, por fin, después de muchos años tristes y amargos, pudo llorar, llorar como nunca había llorado, con llanto continuo, consolador y dulce.

Y después, como siempre la reacción le siguió, y resignado á la sombría fatalidad del destino, miró con sus ojos tristes, húmedos aún, con sonrisa de amargura infinita, el horizonte negro, maculado por los fulgores fatídicos de los cadáveres ardiendo en la soledad profunda del valle.

Febrero.—1896.

FIN

